

**150 ANIVERSARIO DE LA  
REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES  
Y POLÍTICAS DE ESPAÑA**

*Acto académico realizado en la sede de la  
Real Academia de Ciencias Morales y Políticas,  
con la asistencia de representantes de Academias de Europa y  
América, en Madrid, el 13 de noviembre de 2007*

*Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.*

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

[ancmyp@ancmyp.org.ar](mailto:ancmyp@ancmyp.org.ar)

[www.ancmyp.org.ar](http://www.ancmyp.org.ar)

Se terminó de imprimir en Talleres Gráficos Leograf

Rucci 408 - Valentín Alsina - Prov. de Bs. As. en el mes de marzo de 2008.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS  
MORALES Y POLÍTICAS  
JUNTA DIRECTIVA 2007 / 2008**

*Presidente* . . . . . Académico GREGORIO BADENI  
*Vicepresidente* . . . . Académico ISIDORO J. RUIZ MORENO  
*Secretario* . . . . . Académico HUGO O. M. OBIGLIO  
*Tesorero* . . . . . Académico JORGE EMILIO GALLARDO  
*Prosecretario* . . . . Académico FERNANDO N. BARRANCOS Y VEDIA  
*Protesorero* . . . . . Académico HORACIO SANGUINETTI

**ACADÉMICOS DE NÚMERO**

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA ..	03-08-76	Mariano Moreno
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE.....	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Pedro J. FRÍAS .....	10-12-80	Estanislao Zeballos
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA .....	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA .....	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Ezequiel GALLO.....	10-07-85	Vicente López y Planes
Dr. Horacio SANGUINETTI.....	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Carlos María BIDEGAIN.....	25-06-86	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Carlos A. FLORIA.....	22-04-87	Adolfo Bioy
Dr. Leonardo MC LEAN.....	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA..	22-04-87	Nicolás Avellaneda

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Gerardo ANCAROLA .....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI.....	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ.....	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO .....	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSSI .....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. Félix LUNA.....	23-04-97	Roque Sáenz Peña
Dr. Víctor MASSUH .....	23-04-97	Domingo F. Sarmiento
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO .....	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN.....	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Dardo PÉREZ GUILHOU.....	28-04-99	José de San Martín
Dr. Adolfo Edgardo BUSCAGLIA.....	10-11-99	Dalmacio Vélez Sársfield
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI .....	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. Bartolomé de VEDIA .....	27-11-02	Carlos Pellegrini
Dr. Miguel M. PADILLA .....	24-09-03	Bartolomé Mitre
Sr. Jorge Emilio GALLARDO .....	14-04-04	Antonio Bermejo
Dr. René BALESTRA .....	14-09-05	Estaban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA.....	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA.....	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS ....	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO.....	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA .....	14-09-05	Deán Gregorio Funes



## LAS ACADEMIAS EN EL SIGLO XXI

*Palabras del Académico Jean Baechler,  
de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia,  
en representación de las Academias europeas*

Mi presencia esta noche, en esta augusta asamblea y en esta ocasión solemne me llena de temor y confusión. Estoy turbado por tener que expresarme delante de ustedes en francés. No vean en esto ningún descaro o arrogancia de mi parte. Mi primera excusa no será mi desconocimiento del castellano hablado sino más bien del español escrito. Una justificación más admisible a sus ojos sea posiblemente, en una fase de la historia humana marcada por la unificación lingüística, conviene defender la perpetuación de las lenguas, en las que todo lo que cuenta ha sido pensado y escrito desde hace un milenio, es decir, el alemán, el inglés, el español, el francés, el italiano, entre otras, y no recurrir a una lengua empobrecida por los intercambios cotidianos. La conmemoración de esta noche no es común, porque las instituciones humanas son demasiado frágiles y efímeras, para dar corrientemente lugar a festejar su 150 aniversario. De ahí mi temor de no estar a la altura de la ocasión y de no representar hoy y en este lugar a mis cofrades franceses que me encargaron transmitirles sus saludos afectuosos y sus mejores deseos. Mi temor es aún más vivo

por el hecho de que ustedes me pidieron reflexionar en conjunto sobre una pregunta de vida o muerte con respecto a nuestras compañías. En efecto, la pregunta de “La función social de las Academias en el siglo XXI” remite a preguntarse: “¿para qué podrían servir las academias en el futuro?”.

Plantear la pregunta en estos términos brutales descalifica de antemano toda respuesta que fundaría la defensa de las academias sobre su ilustración pasada. Si éstas merecen ser preservadas, su función debe comprometer al futuro, para que haya que defenderlas en el presente. El ejercicio es delicado y peligroso, porque todo alegato *pro domo*, es sospechoso de ser sesgado y toda declaración que se refiera al porvenir aquejado por la incertidumbre, tan radical que la prudencia aconseja abstenerse. Veo solamente una salida para evitar el rodeo y no prejuizar el porvenir. Esta parte de la pregunta inocente: “¿Si las academias no existiesen, tendríamos que crearlas hoy?” Muchos responderían: “¡No!”. Antes de suscribir a una opinión generalizada fuera de los rangos académicos, la razón y el sentido común imponen buscar una respuesta argumentada según la línea siguiente: ¿Se puede reparar, en nuestras sociedades consideradas en su estadio actual de desarrollo, una o unas funciones que no serían atendidas, si las academias no existiesen, y que, en razón de su importancia, exigirían la invención de instituciones apropiadas para cumplirlas? Si la respuesta es positiva, poseemos simultáneamente la justificación de la existencia de las academias y la definición de sus funciones. Se puede extraer argumentos a favor de una respuesta positiva de tres consideraciones muy diferentes y poco emparentadas. Estos tres argumentos pertenecen a todas las épocas. Encuentran en nuestro mundo democrático, dominado por las obsesiones económicas y arrastrado por una aceleración inédita de la marcha de la historia, una importancia y una urgencia nuevas.

*Lo efímero y lo durable*

Si nuestras academias no existiesen, sería inútil crearlas hoy, porque les faltaría lo que les da todo su valor, a saber su antigüedad ¡La academia de los Lincei fue fundada en 1603, la Academia Francesa en 1635, la mayoría de las Academias de Europa datan de los siglos XVII y XVIII. Su florecimiento masivo en la misma época se debe, sin duda, a la moda en parte, pero solamente en una pequeña parte, de la misma manera que es muy secundario el sueño de los renacentistas italianos de reanudar con la tradición antigua de la Academia de Platón y de las escuelas filosóficas. Las unas y las otras responden a una concepción y a una intención diferentes de las academias europeas, a fin de cuentas, ya que más que centros de investigación, las academias antiguas pretenden constituirse en lugares de vida dedicados a la práctica colectiva de la felicidad por la sabiduría mientras que sus análogos posteriores y cristianos son más bien el universo monástico medieval dedicado a la búsqueda de la beatitud por la santidad.

Las academias de la Europa Moderna se inscriben en una tradición diferente a la de las universidades medievales. Éstas se distinguen ostensiblemente de aquéllas por dos rasgos. Por un lado son instituciones independientes de la Iglesia y se encuentran ubicadas en la esfera de influencia de los poderes reales y estatales, lo que puede comprometer su independencia pero que da al mismo tiempo testimonio de la reconstrucción política y estatal fuera de la dispersión feudal. Por otro lado, las academias se apartan de la teología y del derecho canónico enseñado en las universidades y pretenden dedicarse al saber definido por el Renacimiento y producido sobre todo por esa mutación inaudita que fue la invención de la ciencia entre 1600 y 1630. Sin embargo, las academias prolongan a las universidades medievales en dos puntos esenciales.

En primer lugar, unas y otras pretenden ser centros de investigación, de reflexión, de intercambios y de creación, y destinan sus actividades a las cosas de la inteligencia y del espíritu. Es el lugar donde, durante varios siglos, serán elaboradas y discutidas las ideas más decisivas en el dominio de las ciencias, de la erudición, las letras y las artes. Además y posiblemente por sobre todas las cosas, las academias retienen la organización en red de las universidades medievales. Las unas y las otras son a la vez focos autónomos de actividades y albergues que hacen circular la información a través de toda Europa. De la misma manera que hubo durante siglos una “República Escolástica”, informal, pero animada por los intercambios de profesores, los estudiantes y por la comunicación del estado de los trabajos, de la misma manera la Europa Moderna se dotó de una “República Académica”, sin profesores ni estudiantes, pero compuesta de pensadores e investigadores en comunión de espíritu más allá de las fronteras y en comunicación permanente por las letras y las publicaciones. La estructura de las dos repúblicas es análoga. En ambos casos se trata de una organización atomizada, porque ningún centro la dirige. Sin embargo la dispersión es evitada por la organización en red y por el hecho que, de país en país, las academias regionales más modestas pueden alinearse detrás de las academias nacionales. Éstas están en competencia pacífica por la excelencia, a tal punto que una jerarquía se establece entre ellas, aunque fluida y constantemente replanteada. Esta estructura jerárquica, favorable a la autonomía, a la competencia y a la creatividad, es muy notable, si se la compara a las realizaciones observables en otras grandes áreas de civilización, en China, en India, en Asia anterior. La razón profunda de esta excepción europea se debe buscar en otra excepción notable que es la ausencia completa de un imperio europeo y la implementación progresiva de una solución original, a saber un común acuerdo equilibrado de reinos bien delimitados y de monarquías estables, tendientes a favorecer la gestión racional de los asuntos públicos y a garantizar un alto grado de autonomía a la sociedad civil.

La República académica de Europa no desapareció sino que se superó en su triunfo más grande, que es la “la República planetaria de la Ciencias”. En efecto, la red contemporánea de la inteligencia y del espíritu reúne universidades y laboratorios y lo hace a escala planetaria. En este marco nuevo, las academias de antes juegan un rol secundario, a menos que se tergiverse la palabra y se llame, como en el modelo soviético, “Academia de Ciencias” a la estructura administrativa y estatal de la investigación, lo que no tiene nada que ver con la concepción europea. Desde el punto de vista de la nueva república de ciencias, las academias aparecen como supervivientes, cuyas capacidades de rivalizar con las universidades y los centros de investigación son nulas y las contribuciones eventuales desdeñables. Es un hecho irreversible. Pero es también un hecho que sería insensato decidir en nuestros días construir el Escorial, Versailles, Schonbrunn o Sans-Souci. Pero sería aún más insensato destruirlos o no mantenerlos.

En efecto, no son solamente reliquias son, antes que nada, anclajes en el pasado y realidades que permiten a las generaciones sucesivas apelar a una herencia común. No obstante, todos sabemos que el siglo XXI estará hecho de cambios profundos y de cuestionamientos radicales, bajo la presión de la mundialización, por la que hay que entender la conjunción de dos desarrollos distintos, la unificación de las historias humanas y la modernización de las sociedades. De la misma manera que la personalidad se disuelve, si la memorización y la rememoración le son vedadas, de la misma manera las sociedades humanas, no pueden existir y prosperar si no están enraizadas en un pasado que es siempre presente. Nuestras academias forman parte de este patrimonio desde hace siglos. Las cinco academias que componen el Instituto de Francia han sido creadas respectivamente en 1635, 1648, 1663, 1666 y 1795 y están instaladas en un palacio construido por el cardenal Mazarin a mitad del siglo XVII. Pero si este instituto no sirviese de nada, sería necesario conservarlo, como hay que conservar nuestras catedrales, nuestros palacios,

nuestros museos, nuestras literaturas, nuestras músicas. Todo lo que atraviesa los siglos y los milenios con éxito interesa no solamente a los anticuarios sino que también tiene algo esencial para transmitir a las generaciones venideras.

### *Democracia y aristocracia*

Una segunda función plausible se apoya en el principio aristocrático presente en toda democracia. La constelación de las academias se elevó en una Europa aristocrática. Una idea recibida pretende que la aristocracia con sus monarquías y sus jerarquías sociales, como consecuencia del advenimiento de la edad democrática, sea abolida en nombre de la igualdad. La idea es dudosa, porque mezcla dos principios muy diferentes. Uno, efectivamente democrático y explorado por el genio de Alexis de Tocqueville, plantea que ninguna estratificación social debería ser sancionada por la ley y transformada en una jerarquía compuesta de estados desiguales en dignidad y privilegios. El otro asevera que la democracia aborrece la desigualdad como tal y que ésta reduce todo al más pequeño común denominador. El primer principio es exacto, con matices a introducir, porque, incluso hoy la igualdad de condiciones no es la misma en los Estados Unidos y en Inglaterra. El segundo es ciertamente falso. Para aclarar la confusión y arribar a una mirada más justa de la sociedad democrática, lo más simple es partir de la etimología de la palabra. En “Aristocracia”, está presente el concepto “el poder a los mejores”. El uso histórico de la palabra, se refiere a sociedades, cuyas elites están compuestas por estirpes y linajes que gozan de posiciones autónomas de poder, de prestigio y de riqueza, posiciones que se convierten en las de la nobleza, cuando la aristocracia está integrada al aparato de un poder real. La democracia es, sin lu-

gar a dudas, incompatible con la aristocracia así entendida, y Tocqueville tenía razón. Pero nos equivocamos, si aseveramos que las democracias son hostiles a la revelación y a la consideración de superioridades. Todos los ciudadanos en todas las democracias desean ser dirigidos por los mejores y les pagan con su respeto, cuando tienen la sensación de haberlos encontrado. Los amateurs de fútbol admiran a los mejores jugadores y no se ofuscan por sus ganancias, como no lo hacen los fans de las estrellas de toda naturaleza en todos los dominios. Todas las encuestas revelan que la gente admite desigualdades de poder, de prestigio y de riqueza, siempre que le parezca justificadas por superioridades reales. Las democracias son, de hecho, aristocratizantes, pero lo son a beneficio de individualidades y de méritos verificables y se apartan de toda transmisión hereditaria y de toda sanción por la ley. La consecuencia general no es la desaparición de las aristocracias sino su multiplicación y su diversificación en función de opiniones, de gustos y de intereses.

El riesgo de que sean ubicadas en el mismo plano todas las excelencias, hasta llegar a esta actualidad extraña, donde las opiniones públicas son monopolizadas por personajes famosos, ¡cuyo único merito es ser famosos! El riesgo no es la desaparición de valores, sino su confusión y la pérdida del sentido de proporciones. Se puede alegar que viejas instituciones como la Academia son susceptibles de corregir en algo esta inclinación, confiriendo honores y méritos justificados por logros a la vez verificables y dignos de ser subrayados. No es malo que una sociedad democrática dé a sus miembros la posibilidad de apreciar a los artistas, los sabios, los empresarios, los magistrados, los hombres políticos retirados de los negocios, en resumen las excelencias confirmadas. En la línea defendida por Aristóteles, es bueno que los honores vayan a quienes lo merezcan, porque es el medio de suscitar vocaciones y de mantener la emulación, pero también de dar a todos la ocasión de izarse por encima de ellos mismos, al admirar no a quienes reciben honores sino a lo que les valió sus honores,

es decir las realizaciones que hacen honor a la nación y a la humanidad. Por esto, instituciones que recuerdan al Areópago de Atenas son indispensables, una función que las academias pueden cumplir, ya que, ya existen. Éstas pueden hacerlo a condición de respetar estrictamente dos reglas fundamentales.

Una es disipar toda sospecha de aristocratización en el sentido antidemocrático del término, es decir toda enfeudación al poder político y todo carácter hereditario. No se trata de crear órganos estatales, sino de hacer las cosas de forma que la sociedad civil pueda honrar lo que honra sin intervención del estado. La cooptación parece deber ser la técnica de selección más propicia con respecto de esta regla. La segunda es más delicada para poner en marcha, porque estipula que sean cooptados efectivamente los mejores de generación en generación.

### *El generalista y el especialista*

Una tercera y última función plausible de las academias es más problemática. La edad moderna se distingue por varios rasgos relacionados, la democracia, la ciencia, el desarrollo económico, la individualización y lo que los sociólogos llaman la diferenciación. Entienden por esto una tendencia a distribuir las actividades humanas en campos distintos, con la consecuencia que, bajo la presión de la competencia y de la preocupación por la eficacia, los campos y las actividades son cada vez más especializados. Pero, a medida que la especialización aumenta, el panorama se oscurece y termina por desaparecer. A largo término, el riesgo es lograr una eficacia máxima, habiendo perdido la capacidad de precisar para qué puede ésta servirnos. Sin embargo los humanos son en sus orígenes generalistas, porque, en cuanto especies del reino viviente, tienen que asegurar su supervivencia

y, en cuanto fundadores de un reino humano distinto, deben resolver un problema de destino. La supervivencia y el destino son objetivos totales y generales, que la especialización no permite percibir ni perseguir. Un exceso de especialización es contraproducente, porque atenta contra la supervivencia de la especie y le hace perder el sentido de sus fines. Las consecuencias comienzan a aparecer y no pueden más que agravarse en este siglo. La esfera donde los efectos son más aparentes es la de la ciencia. Este modo maravillosamente eficaz de conocer fue de éxito en éxito diversificándose en ciencias, aplicadas a sectores de lo real cada vez más precisos y menudos. En las ciencias del reino humano, que no están tan retrasadas como lo sostienen los investigadores en los reinos físicos y vivientes, la especialización ha alcanzado ya un grado tal, que los personajes del filósofo que dominan los fundamentos de toda cognición a la manera de Kant y de Hegel, del historiador que abraza todo un bloque de historias humanas a la manera de Mommsen o de Marc Bloch, del sociólogo que comprende todas las dimensiones de lo humano seguidamente de Durkheim, de Weber o de Pareto, han prácticamente desaparecido desde la Segunda Guerra Mundial. No es que la especie se haya vuelto más tonta ni sus representantes más sabios, sino que el saber acumulado se volvió tal que desalienta las ambiciones y debilita el coraje.

En las ciencias y, de manera menos consciente y deliberada, en la sociedad en general, los índices se multiplican y se precisan de la emergencia de preocupaciones con respecto a este tema de forma tal que se corre el riesgo de beneficiar a las ideologías y a las extravagancias irracionales, parareligiosas, paracientíficas, parasicológicas, si a la razón y al sentido común no se les propone alternativas razonables. Sin embargo las academias presentan dos ventajas estructurales, que podrían sostener las empresas del sentido común y de la razón.

Una es que una academia no puede estar compuesta de especialistas de la misma especialidad. Las academias cooptan for-

zosamente especialistas que se ilustraron en especialidades diferentes. Estas son lugares naturales de encuentro entre gente que domina conocimientos muy diferentes, distintamente que las universidades, los centros de investigación, los laboratorios, los seminarios, los congresos, los coloquios, que por la fuerza de las cosas, reúnen a gente ocupada en las mismas cuestiones. Una academia es un espacio generalista que reúne a especialistas, y no sería imposible que sea la única que presente esta ventaja. La segunda es procurada por la edad. Salvo excepciones, los honores llegan solamente con la edad, porque hay que dedicar su vida para ilustrar una esfera de actividad, para extraer de esta tarea un reconocimiento merecido. La edad puede favorecer la serenidad por la superación de competencias y la lucidez por la percepción de los límites. Estas circunstancias son favorables a la apertura hacia las preocupaciones del otro y hacia la pluralidad de los puntos de vista. No dará lugar jamás a la emergencia espontánea de los generalistas, pero no es insensato apostar que serán perpetuados el sentido, la preocupación y el cuidado de lo general más allá de las especializaciones.

Ignoro, mis queridos cofrades, si logré convencerlos de que no hay lugar para la desesperación por el porvenir de nuestras instituciones académicas. Retengo tres argumentos a favor de su perpetuación, apoyados en el hecho que las compañías pueden cumplir realmente funciones reales. Un examen más iluminado encontraría con toda seguridad otros. Concluimos que sería imprudente contar con la perpetuación espontánea y conformarse no haciendo nada. Celebramos hoy el 150 aniversario de su academia. Para que nuestros descendientes festejen el bicentenario y el tricentenario y para que todas las academias se beneficien con la más grande longevidad, conviene que, de generación en generación, los académicos aporten su contribución con el rigor en sus cooptaciones, la seriedad en sus trabajos y la camaradería en sus asambleas.



*Palabras del Académico Gregorio Badeni,  
Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y  
Políticas, en representación de las Academias americanas*

Elemental, cuanto grato deber de cortesía, impone que mis palabras iniciales sean para expresar el profundo reconocimiento de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas de la Argentina, por el alto honor de haber sido invitada para rendir, en nombre de las Academias americanas, un justo y merecido homenaje a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de España con motivo de cumplir 150 años de fecunda existencia.

También debemos rendir honores a los científicos e investigadores que formaron parte de la Real Academia. Todos ellos, merced a su permanente afán por enriquecer la vida intelectual de la sociedad, proyectaron sobre ella contribuciones realizadas con particular esfuerzo y sacrificio.

Los ilustres miembros que actualmente integran esta Academia, interpretaron cabalmente los anhelos, el estilo y los fines asignados a ella ya hace 150 años, distinguiendo dignamente a quienes los precedieron. Todos ellos merecen nuestro más sentido y respetuoso reconocimiento.

Asimismo, les expresamos nuestro profundo y sincero agradecimiento por su encomiable labor científica. Por todo lo que han hecho y hacen para el desenvolvimiento y progreso de las ciencias morales y políticas. Por los invalorable aportes culturales que nutren el curso de las Academias americanas, mediante las espléndidas manifestaciones científicas que tenemos la dicha de recibir.

La significativa y destacada actuación de la Real Academia, no solamente es valorada por la particular influencia en la generación de un desarrollo cultural próspero. Ese hecho de por sí la honra. Pero a ese hecho se añade el tan grato como constructivo significado que tiene el suceso de consolidar el estrecho e indisoluble vínculo espiritual, científico y afectivo que une a las Academias de los más variados países. Precisamente, uno de los tantos desafíos que se presentan en el siglo XXI reside en intensificar tales vínculos.

Las Academias, por la propia razón de su existencia y la libertad responsable que impera en su labor científica, constituyen el hito más elevado de la escala cultural de un país. Conforman los organismos más adecuados e idóneos para fomentar la manifestación, el crecimiento y el progreso de las ciencias. Particularmente, en el caso de las Academias de Ciencias Morales y Políticas, por las características, amplitud y singular importancia que presentan los temas y materias que abordan.

Las Academias no son entidades forjadas para la satisfacción de objetivos profesionales, gremiales, empresarios, sectoriales o de política agonal. Tampoco son organismos destinados a la promoción individual o social de sus miembros. Su cometido dista de tales metas, por más legítimas que ellas sean. Su meta se sintetiza en una finalidad claramente superior y trascendente. En cultivar las ciencias en un nivel de máxima excelencia.

Una Academia consiste en la unión voluntaria de personas elegidas por sus pares, teniendo en cuenta la importancia de los servicios que le prestan a la sociedad en los más variados campos de la ciencia. Por añadidura, esa selección conlleva el inviolable compromiso de proseguir e intensificar ese servicio mediante los estudios y logros que realiza dentro de su especialidad, de una manera constante que se extiende hasta el fin de su existencia.

Si bien en algunos casos existió una convivencia originaria común, ya sea plena o parcial, con otras entidades, como la uni-

versitarias, ellas responden a objetivos diferentes. En el caso de las Academias su creación responde a propósitos de interés científico puro. Son centros de investigación y producción científica, cuyos logros se traducen en enseñanzas que se proyectan sobre las universidades y la sociedad.

Son recintos de investigación seria, de estudios profundos, de colaboración interdisciplinaria e intercambio de ideas creativas, donde la acción intelectual se desenvuelve al margen de toda presión política o corporativa. Presión que, por otra parte, resulta inadmisibles en función de los elevados ideales que determinan la creación de las Academias. Si ellas ceden ante tales presiones, desechan la nobleza de esos ideales y sólo subsistirán con carácter nominal.

Precisamente, ese comportamiento abierto y pluralista, para tornar posible el intercambio propio de la investigación científica, es uno de los factores determinantes que enaltecen el respeto brindado a las Academias y a sus miembros.

Segundo V. Linares Quintana, miembro de número y ex presidente de tres Academias Nacionales argentinas, incluyendo a la Academia que represento, nos enseña, con plena lozanía a sus 98 años de edad, que las Academias, con el carácter institucional que adquirieron por sus propios méritos, se concentran en la búsqueda de la sabiduría. Sabiduría cuyo valor es incomparable con el de los bienes materiales y del que puedan deparar las satisfacciones honoríficas, porque nada de lo que pueda apetecerse es comparable con la sabiduría.

En efecto, el ingreso al siglo XXI representa para las Academias un desafío similar al que experimentaron en la antesala del siglo XX, y algunas, del siglo XIX. Las Academias, adecuándose al dinamismo de la vida social, intensifican y profundizan los estudios e investigaciones especializados. Promueven el desarrollo del contenido de las diversas disciplinas. Difunden el fruto

de sus trabajos. Estimulan en plenitud las vocaciones intelectuales, y cuando sea necesario o conveniente, revitalizan el prestigio de la cultura y de la ciencia frente a los embates de un materialismo desmedido que suele insertarse en la idea dominante de la sociedad. Los fines son inamovibles, lo que varía, y ese es el desafío, consiste en hallar el método para preservar e incrementar la relación de las Academias con la sociedad.

En todos los tiempos, la elevada función científica que cumplen las Academias se basa sobre el sedimento de una cultura adquirida y decantada metódicamente en el curso de los años. De una cultura especializada, serena y equilibrada, de cuyo conjunto emerge el criterio académico. Que es un criterio superior porque abarca y funde todos los conocimientos propios de una disciplina.

Carlos Saavedra Lamas, Premio Nobel de la Paz, y uno de los fundadores de la Academia que presido, destacaba la importancia fundamental que presenta la labor académica para toda sociedad. Decía que esa labor, en algunas oportunidades se realiza en forma ostensible, y en otras, de manera silenciosa. Pero todas las Academias son usinas de alta producción intelectual, donde la calidad se impone sobre la cantidad. Es de la esencia de las Academias que su actividad sea valorada por su contenido y no por el volumen del trabajo.

Lamentablemente, en algunos casos, subsiste cierta desconexión entre las Academias y la sociedad. Desconexión que acarrea la ignorancia y hasta la reacción antiacadémica de aquellos que aspiran a masificar la cultura endiosando la figura del hombre mediocre que describiera José Ingenieros, un distinguido científico argentino.

Los riesgos que trae aparejada semejante situación, impone la existencia de reglas claras y objetivas en el funcionamiento institucional de las Academias. Reglas basadas sobre la excelencia en orden a su funcionamiento, y en una selectiva incorpora-

ción de sus miembros, cuya jerarquía científica y ética resulte auténtica e indiscutible.

Es que, uno de los factores que distinguen a las Academias, reside en congregar las personas que, tras extensos y profundos estudios, han adquirido el caudal de una experiencia decantada y pluralista que, asimismo, se traduce en una conducta pública y privada irreprochable en función de la idea dominante en la sociedad.

Es claro que el prestigio y jerarquía de las Academias está condicionado a la trayectoria y calidad de sus miembros. Son ellos, en definitiva, los gestores de la imagen que la Academia refleja en la sociedad. Las Academias sólo tienen y tendrán la medida que corresponda a los miembros que la integran, al vigor de sus impulsos y la trascendencia de su prédica. Su futuro está condicionado por la idoneidad científica y ética de sus miembros.

Horacio García Belsunce, miembro de cuatro Academias argentinas, incluyendo la que represento, y ex presidente de dos de ellas, destaca que para ser académico no es suficiente con la consideración de la sabiduría y de los conocimientos. A la dignidad intelectual debe añadirse la dignidad en la vida. El académico debe ser ejemplo de virtud y actuar siempre con señorío. En síntesis, para ser académico, y por el bien de la Academia, no basta el saber científico si está desprovisto de atributos humanos honorables.

Como ser humano, todo académico posee virtudes y defectos. Sin embargo, cuando investiga, cuando escribe, cuando diserta, está sujeto en mayor medida que cualquier otro individuo al supremo deber de ser objetivo, sobreponiéndose a todo lo que pueda perturbar su discernimiento científico. Inclusive a las críticas, porque el pluralismo y la tolerancia que imperan en el ámbito académico, determinan que todos estemos expuestos a las críticas. Santiago Ramón y Cajal decía que la crítica científica se justifica porque entrega una verdad a cambio de un error. En efec-

to, no puede existir ciencia sin crítica. La crítica es el arte de juzgar la bondad, la verdad y la belleza de las cosas e ideas, y la moral de la ciencia impone la aceptación de la crítica. Ella impulsa la labor académica.

En este aspecto, es plenamente rescatable la opinión que emitió el académico José Domingo Ray, miembro de número y ex presidente de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires. Destacaba que las Academias deben exaltar los valores morales en la ineludible búsqueda científica del bien común. En ella debe imperar la virtud y la verdad. La verdad objetiva dentro de los parámetros científicos, y sin mengua de la cuota de subjetividad que es propia de la libertad de pensamiento.

Las Academias en el siglo XXI prosiguen desarrollando sus actividades con singular entusiasmo, preservan su independencia, se preocupan por el progreso de la sociedad, se relacionan entre sí intercambiando ideas, colaboran en superar la grave crisis que padece la educación, reconocen la universalidad del espíritu y la fortaleza del pensamiento libre y pluralista.

Las academias no se encierran en una campana de cristal aislada del mundo. Sienten y se hacen parte de los problemas sociales. Los estudian y abordan científicamente dentro del límite de sus incumbencias. En modo alguno permanecen al margen de las crisis que pueden instalarse en las instituciones cuando se deterioran los valores morales.

En ellas, el culto a la virtud y la fe en la ciencia son motores indispensables para afianzar el desenvolvimiento cultural y proyectar sus logros sobre el bien común de la humanidad.

Sin embargo, en el siglo XXI las Academias deberían acudir a la tecnología de la comunicación social para gravitar, con mayor intensidad, sobre los pueblos. A igual que lo hicieron en épocas pasadas, deben adecuar su labor a la dinámica de la reali-

dad de los tiempos debido a los continuos avances tecnológicos y al singular desarrollo concretado en los medios técnicos de comunicación social masiva. No agotan su acción rememorando y permaneciendo en el pasado. Ellas están orgullosas de ese pasado y lo reivindican. Pero tienen que enfrentar el presente y el futuro próximo ofreciendo respuestas científicas válidas para responder a los interrogantes que plantea el dinamismo social. Máxime, considerando que el intenso desenvolvimiento de tales medios, permite sostener como hipótesis que nos hallamos frente a una nueva etapa en la historia de la humanidad, que es la edad de la comunicación social. Factor decisivo en la creciente aproximación que se opera entre los pueblos.

Así, en cuanto a las ciencias políticas, es sabido que si la política es una ciencia también es un arte. En general, la distinción entre la ciencia y el arte hace a la diferencia que existe entre lo especulativo y lo práctico. Como ciencia persigue el estudio sistemático de los fenómenos políticos. Como arte, busca la solución de los problemas que acarrearán en función del bien común.

En las últimas cuatro décadas se consolidó el reordenamiento y la reestructuración de la ciencia política cuyo campo de acción se amplía y extiende hasta el punto de perder nitidez las fronteras que anteriormente se creía que la separaban de otras ciencias afines. Actualmente ella pone énfasis sobre el gran protagonista del drama político y moral, que es el ser humano. Bien dice el académico Pablo Lucas Verdú que el análisis del factor humano es fundamental en la ciencia política. Es, en cierto modo, lo que Maritain denominó la racionalización de la política.

Pero, también tiene plena actualidad la reflexión de Gregorio Marañón cuando decía que lo esencial para cumplir con rigurosa excelencia nuestra misión científica y social no es la actitud, sino la afición. Palabra ésta que Marañón ajustaba a su sentido estricto de amor a la cosa elegida, al objeto elegido, y de ahínco y eficacia de ese amor. Un hombre pleno de aptitudes para una fae-

na determinada, no la realizará si no la quiere, si no está aficionado de ella, aunque su talento e inteligencia sean sobresalientes. Afición, vocación, es amor al deber. Al deber impuesto por el propio y espontáneo amor a lo elegido. A la investigación, a la ciencia, a la verdad, al bien común, al progreso intelectual y espiritual que son ilimitados, e imposibles de satisfacer en su plenitud y de manera definitiva. El dinamismo social lo impide.

En esta línea de pensamiento, de rigurosa actualidad, Bertrand Russell decía que sin moral las comunidades perecen y la supervivencia de los individuos carece de valor. Que la moral de la comunidad y la moral individual son igualmente necesarias en un mundo encomiable. Por su parte, José María Estrada, ilustre pensador argentino, decía que existe una soberanía superior a todas las que se han disputado el dominio de la sociedad y los honores de la historia. En medio de las vicisitudes humanas y de la extrema movilidad de las pasiones, ella permanece inmutable con aquella augusta identidad de lo absoluto. Es la soberanía del bien moral.

La ciencia, que en un sentido general es la explicación de lo cotidiano, pero en un sentido especial y concreto, comporta un conjunto de verdades ciertas y generales metódicamente relacionadas entre sí por sus causas y conclusiones. Pero la ciencia que es una e infinita, como la verdad, nunca podrá ser plenamente agotada por la inteligencia humana.

Esto nos lleva a sostener que la verdad nos brinda libertad, y que la libertad nos permite llegar a la verdad. De donde no puede existir ciencia sin que exista libertad, y es por ello que, como destacara Segundo V. Linares Quintana, la historia de la libertad es la historia de la civilización, o que la civilización que disfrutamos, y que hemos disfrutado en el pasado, es el fruto de la secular e ineludible lucha del ser humano por su libertad.

Es de esperar que las Academias, como lo ha hecho la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de España, sin pausa y sin otro compromiso que la verdad y el bien común, prosigan de-

sempeñándose regularmente, y adecuándose a ese dinamismo social, acudan a los nuevos métodos y medios tecnológicos que les permitan proseguir difundiendo, tanto en su país como en el mundo, el prestigio de la cultura.

*Palabras del Presidente de la  
Real Academia de Ciencias Morales y Políticas,  
Académico Sabino Fernández Campo*

Señor Presidente del Instituto de España.

Señores representantes de las Academias extranjeras.

Miembros de nuestra Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Señoras y señores:

Permitidme y perdonadme que comience estas palabras con una referencia a mí mismo. Porque tengo la experiencia de que cuando somos jóvenes, si alguna vez, por casualidad, se nos ocurre pensar en la entonces lejana vejez, nos la imaginamos como una trágica y penosa situación, en la que hemos perdido gran parte de nuestras facultades, en todos los aspectos, y nos amarga la proximidad de ese momento tan importante y decisivo que sucede una sola vez en la vida y que es la muerte. Pero nuestros temores, me atrevo a decir, no responden a la realidad. En primer lugar, porque la alternativa de cumplir muchos años es la de no cumplirlos, y eso puede resultar desagradable. En segundo lugar, porque la prolongación de nuestra existencia, si bien puede dar lugar a que suframos desgracias dolorosas, ingratitudes y desen-

gaños, también nos concede tiempo para disfrutar de acontecimientos felices.

Por eso, la habilidad de los ancianos –a los que ahora se nos llama piadosamente miembros de la tercera edad– consiste en hacer una acertada selección de hechos, recuerdos y acontecimientos, para borrar los funestos, quedarnos con los dichosos, disfrutar de ellos mientras nos sea posible y, de paso, aligerar nuestra mente de una carga excesiva.

Con esta optimista interpretación de la vejez, yo he tenido tiempo, cuando estoy a punto de cumplir noventa años, de recibir el honor de ser elegido recientemente Presidente de esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en sustitución de quien ocupó tantos años ese puesto, el profesor Enrique Fuentes Quintana, siempre presente en nuestra memoria por su personalidad, sus conocimientos y la extraordinaria labor desarrollada. Recuerdo también a Juan Velarde, que en los últimos tiempos, como Vicepresidente, desempeñó el cargo de Presidente con enorme eficacia y acierto.

Además, a ese honor que hace poco he recibido, se une ahora la circunstancia de que, al celebrarse el sesquincentenario de la creación de esta Academia por la Reina doña Isabel II, conmemoramos esa fecha con la reunión de las Academias Europeas y Americanas que culminamos con esta sesión, en la que hemos tenido el placer de escuchar las excelentes intervenciones de los Señores don Jean Baechler, representante de la Académie de Sciences Morales et Politiques de Francia y de don Gregorio Badeni, Presidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de la República Argentina, con asistencia de académicos del Instituto de España, Embajadores acreditados en Madrid y Comisión Europea en España.

Las relaciones mantenidas con las destacadas personalidades, representantes de once Academias de otros países, han sido de gran utilidad y estoy seguro de que supondrán la iniciación de

unas colaboraciones muy estrechas e interesantes para todos en el futuro.

Vivimos tiempos en que, a la vez que a las preocupaciones políticas o sociales, es necesario prestar mucha atención a la cultura, promocionarla y extenderla. Y en esa misión las Academias deben desempeñar un importante papel.

Si todas ellas están en condiciones de ilustrar sobre las materias a las que fundamentalmente se dedican, no podemos por menos de reconocer la trascendencia que las de Ciencias Morales y Políticas encierran en este aspecto de instrucción y divulgación. Concretamente, en cuanto a los fines de esta Institución, sus primeros Estatutos proponían como objetivo fundamental *“Cultivar las Ciencias Morales y Políticas, ilustrando las cuestiones de mayor importancia, trascendencia y aplicación, según los tiempos y las circunstancias”*.

Al año siguiente de su creación, ya en 1858, en la contestación del Presidente de esta Real Academia al discurso de Marqués de Corvera, entonces Ministro de Fomento, durante la sesión inaugural, decía aquél textualmente: *“Las Ciencias Morales y Políticas, tomadas en su mayor extensión, son el más necesario e importante complemento de ese gran todo que llamamos ciencia y que es la guía de la humanidad en su peregrinación sobre la tierra”*. Y puntualizaba aún más: *“El objeto de estos estudios es indagar constantemente cuanto pueda contribuir a mejorar nuestras leyes e instituciones a desvanecer errores peligrosos; a adoctrinar las clases menos ilustradas; a inspirarles el sentimiento del deber, el amor al orden, el respeto a la autoridad y a cuanto, en fin, pueda conducir a mejorar su condición y a enaltecer su moral”*.

Está bien claro, pues, el fin de esta Real Academia y de las semejantes que existen en el mundo actual, y es fácil adecuarlo a los tiempos actuales sin variarlo en su esencia.

En una conferencia que me correspondió pronunciar en el Instituto de España, tuve ocasión de exponer algunas ideas, que podría repetir ahora, sobre la misión de las Reales Academias y concretamente sobre la de Ciencias Morales y Políticas que en aquellos momentos representaba. Pero me limitaré a observar que si es fácil adaptar a los tiempos actuales sus fines, sin variarlos en esencia, también parece necesario lograr nuevos medios y colaboraciones para que sus trabajos puedan difundirse lo más posible y conseguir su influencia benéfica en la sociedad. Hay que extender la necesidad de que se lleve a cabo una revolución educativa para infundir la idea de que en todo momento la política debe estar inspirada por la moral, pero al mismo tiempo es preciso hacer llegar esta regeneración a muchos otros aspectos, para liberarnos de la ordinarietà, de la grosería y de la zafiedad.

Nada más adecuado, en consecuencia, que como base de la actividad de las Academias de Ciencias Morales y Políticas, se proponga ante todo influir para que, dentro de la generalidad de las definiciones, se trate siempre de promover la unión de los términos que las denominan para que moral y política estén siempre relacionadas y se influyan mutuamente. Pero esa moralización de la política tiene su base en la sociedad en general. Tal vez podamos pensar en que necesitamos una purificación, una verdadera revolución pacífica y civilizada, inspirada por la cultura, la justicia y la moral. Una revolución en la que nos mezclemos los viejos y los jóvenes. Sin embargo, como afirmaba Proudhon, *“Quien dice revolución dice necesariamente progreso y dice también, por ello, conservación. De ahí se sigue que la revolución está permanentemente en la Historia. Que, hablando con propiedad, no ha habido varias revoluciones, no ha habido más que una y la misma revolución a la que debemos incorporarnos en cada nueva etapa”*. Y añadía: *“El preliminar obligado de toda revolución es una liquidación general, para observar lo que debe conservarse y lo que es imprescindible variar o eliminar”*. Esta liquidación –a la que se refiere Proudhon– ha de entenderse en el sentido de pa-

rarse a reflexionar, de señalarse nuevos caminos, sin prescindir de los aprovechables; de ejercer la tolerancia en muchos casos y la intolerancia ante lo intolerable.

Hay que velar también por la educación. Se ha dicho que *“La educación es para el espíritu lo que la gracia para el alma”*. Y, en efecto, sólo las personas que han recibido educación son libres, porque ser educado supone una superación moral de los instintos. Y a esta superación general deben contribuir las Academias, con sus trabajos, sus reflexiones y sus advertencias.

El fundamento de la ética y de la moral ha de hallarse en la razón, y esto supone la unión entre la obligación y la voluntad. La ética no es algo totalmente extraño al ser humano, sino un aspecto de su propia constitución, que es preciso desvelar y aplicar en todo momento.

Vivimos tiempos en que muchas veces los intereses materiales prevalecen sobre los morales. En ocasiones, sin ser un filósofo, se puede pronunciar una frase que contenga una profunda filosofía. Y así me atrevo a recoger la de un conocido humorista norteamericano que sostenía: *“En la vida hay cosas mucho más importantes que el dinero, pero hace falta mucho dinero para conseguirlas”*. Y eso hace que algunas personas se esfuercen por conseguir los medios, por el procedimiento que sea, para con ellos alcanzar después los fines.

Aquel pensamiento y esta realidad pueden servir de base a muchos comportamientos de la sociedad actual, en el mundo entero. Lo que es preciso crear, y a lo que deben contribuir las Academias de Ciencias Morales y Políticas, en este como en tantos sentidos de la vida presente, es un ambiente de moralidad insoportable, en un clima de responsabilidad, de solidaridad y de cooperación.

No olvidemos tampoco que si los fines de las Academias siguen siendo los mismos que se establecieron en su fundación, los

tiempos han cambiado en lo que se refiere a los medios de comunicación y de difusión. Y es preciso tener muy presentes las ventajas y los riesgos que en este aspecto presentan los avances tecnológicos, desde el punto de vista de la publicidad de las ideas que las Academias sostienen.

Los defensores de la moral se alarman justamente ante la invasión de las redes por materiales pornográficos, apología de la violencia y juegos con dinero. Esta es una cuestión latente que debe resolverse mediante un esfuerzo de globalización legal internacional que, si bien puede parecer a muchos una propuesta ingenua, es necesario que aquellos derechos recogidos en los diferentes documentos básicos de las Naciones Unidas, se apliquen, por ejemplo, a Internet, para que cada ser humano pueda seguir disfrutando de los derechos del hombre expresados en su Carta Fundacional, y en otros documentos posteriores como los relativos a los Derechos del Niño.

Los medios de comunicación, ya interconectados con la informática e inmersos en la era digital, tienen una importancia decisiva para la difusión de la cultura, pero también para la incultura. La sociedad de la información que tanta importancia tiene para la difusión de cuanto interesa a las Academias hoy aquí representadas, habrá de acentuar una serie de valores esenciales sin los cuales se aventura un mal futuro para todos.

Extenderme en consideraciones sobre la materia de la información, por interesante que sea desde el punto de vista de la moral y de la política, podría llevarme a pretender desarrollar otra materia que sería objeto de una nueva y distinta intervención.

Pero lo verdaderamente interesante es resaltar el valor de los encuentros que acabamos de celebrar con motivo del 150 Aniversario de la fundación de esta Real Academia, que dejan en nosotros la más grata de las impresiones y el deseo ferviente de que, sin esperar un plazo semejante, podamos mantener nuevas reuniones que sin duda han de redundar en beneficio de la misión

atribuida a las Academias en general y a las de Ciencias Morales y Políticas en concreto.

Por ello, al clausurar esta sesión académica, tan llena de interés, me complazco, en nombre de todos los miembros de este Centro, en expresar el más profundo agradecimiento por la presencia de importantes representaciones de las Academias de otros países, y formular mis sinceros votos porque, en efecto, volvamos a encontrar otras oportunidades para trabajar unidos por la divulgación de la cultura y el logro de difundir la idea de que en todo momento la política debe estar inspirada por la moral. Al mismo tiempo, hay que hacer llegar esta regeneración a muchos otros aspectos de la vida social, para librarnos de la ignorancia, de la vulgaridad y de las conductas censurables.

Con esta esperanza, repito nuestra gratitud y nuestra ilusión de futuro.

Muchas gracias a todos. Se levanta la sesión.